

Plaza pública

para la edición del 5 de septiembre de 1995

Después del mensaje

Miguel Ángel Granados Chapa

Un par de horas después de concluida la lectura de su mensaje, el primero de septiembre, el Presidente Zedillo encabezó ya no la tradicional salutación en Palacio Nacional sino, en Los Pinos, una comida con todos los gobernadores, no sólo los priístas. Fue un acto sencillo y breve, en que el dueño de la casa estuvo acompañado por el secretario de Gobernación Emilio Chuayfett. No hubo música viva, sino ambiental, con temas folclóricos mexicanos. El menú, en cuya parte principal figuraron pechugas de pollo, incluyó vinos nacionales en tan reducidas porciones que al finalizar el anfitrión, y festejado, brindó con sólo agua, que era lo que tenía a su alcance. Agradeció a los gobernadores su compañía y deseó mejores tiempos para el país.

Esa reunión constituyó otra novedad de esa fecha, pero los días siguientes vieron al Presidente cumplir con los ritos marcados por la tradición, si bien los contenidos de sus reuniones mañaneras, del sábado y el domingo, tienen una importancia que no corresponde a la rutina. Al día siguiente del informe, las fuerzas armadas le ofrecieron el habitual desayuno, en que se reitera la lealtad y la obediencia de la institución castrense. Esta vez la repetición formal de esas actitudes siguió al silencio presidencial, en su mensaje, sobre la presencia

militar en la vida pública mexicana. Eran inevitables dos momentos indisolubles en los informes de cada primero de septiembre: la referencia al Ejército y la Marina en voz del Presidente, casi siempre rodeada del aura del elogio y el reconocimiento; y el aplauso atronador de la concurrencia, que los uniformados presentes en el recinto legislativo agradecían poniéndose de pie.

Esta vez, no hubo referencia expresa a la clase militar. En la página dedicada a Chiapas, el Presidente Zedillo subrayó cuánto ha "significado la presencia de las instituciones de la República en todo el territorio chiapaneco, para el inicio y la continuidad del diálogo". Y cuando anunció un reconocimiento específico, en vez de referirse al Ejército como algunos de sus oyentes esperábamos, mencionó a la Comisión de Concordia y Pacificación (Concopa). Pero en el desayuno con las fuerzas armadas, el secretario de la Defensa Nacional, general Enrique Cervantes, hizo la interpretación conveniente para disipar malos entendidos sobre el silencio presidencial. Explicó que la referencia general a "las instituciones de la república" en Chiapas, fue en realidad "una vez más para todos los soldados de México, aliento emocionado y compromiso de integridad, disciplina y lealtad".

El general Cervantes Aguirre formuló una advertencia cuyos alcances será preciso conocer, al salir al paso de acusaciones lanzadas contra militares: "No es sano, ni conveniente, ni recomendable invocar o inventar participaciones antijurídicas o aviesas de las instituciones armadas, que luchan verdaderamente por

merecer día a día el respeto y la confianza de la nación". Y en efecto, nada sería más insano e inconveniente, y por supuesto desaconsejable, que lanzar infundios contra el Ejército, la Fuerza Aérea y la Armada. Pero si miembros de esas corporaciones participaran en hechos que deban ser denunciados, y sean susceptibles de comprobación, no se puede trazar de antemano un límite que favorezca la recreación de fueros y mucho menos de impunidades. Pretenderlo equivaldría a suscitar enfrentamientos estériles entre la sociedad civil y las fuerzas armadas. Por fortuna, el criterio del general secretario de la Defensa se orienta en sentido enteramente contrario. Fue muy útil que definiera a la pobreza como "el único enemigo que reconocemos todos".

El Presidente continuó abordando el tema chiapaneco la mañana del sábado. Recibió a los legisladores de la Concopa, a quienes había elogiado la víspera, y los apoyó en dos propuestas que, de haber sido anunciadas en el mensaje del viernes hubieran contrarrestado vivamente la opacidad del documento. Admitir o propiciar la participación del zapatismo armado en el diálogo político nacional y en la discusión sobre los derechos indígenas es un gran paso adelante en el desanudamiento del conflicto armado. Si bien se requiere conocer los términos concretos de esas propuestas, en sí mismas implican el reconocimiento del carácter nacional de las demandas zapatistas, algo que el gobierno federal había rehusado hacer.

El domingo, como un trasunto de tiempos idos, por lo cual la denominación resulta ahora caricaturesca, el Presidente Zedillo encabezó el desayuno de "unidad revolucionaria". La idea cobró sentido en tiempos del callismo, que recogió la dispersión del poder surgido de las armas y de los controles políticos regionales, pero es casi ridícula en los tiempos de la disciplina institucionalizada, en que el poder local es vicario (aun cuando la situación tabasqueña conduzca a suponer lo contrario). En ese acto, con su presencia y con sus palabras, el Ejecutivo dio fin a su experimento, más verbal que real, de establecer una distancia entre el partido y el gobierno. Desnuda de retórica, la situación es que el Presidente y el PRI son de nuevo una y la misma cosa. Al tomar esa decisión, al dar marcha atrás respecto de su alejamiento del partido, no sale ganando el Presidente.

El propio domingo el Presidente partió a Quito, donde participaría en la reunión del Grupo de Río. debe significar un alivio para el Ejecutivo encontrarse con sus colegas del hemisferio, casi todos los cuales enfrentan conflictos análogos a los suyos y aun mayores. Y en esa coincidencia de circunstancias habría que reflexionar. No es casual que el empobrecimiento y la expoliación (ahora a cargo de los capitales volátiles) deje su cruenta huella en las naciones latinoamericanas casi sin excepción. Por eso, una junta como la que termina mañana martes debería propiciar acciones conjuntas para que nuestros países dejen de ser inertes víctimas de la globalización. Pero imaginar que así sea es, quizá, soñar despierto.